

¿CUÁL ES EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO? LOS DISTINTOS MODELOS DE COMPRENSIÓN Y DE CRÍTICA

WHAT IS THE SPIRIT OF CAPITALISM? DIFFERENTS UNDERSTANDING AND CRITICISM MODELS

*Julio Alvear Téllez**

Resumen

Muchas de las críticas que, en Chile, se realizan al capitalismo se centran en generalidades que no ofrecen las precisiones mínimamente necesarias. En este artículo se intenta determinar cuál es el atributo que define el capitalismo moderno. Para ello se revisan los estudios que sobre el “espíritu” del capitalismo realizaron Werner Sombart, Max Weber, Albert Hirschman, Luc Boltanski, Eve Chiapello, Julio Meinvielle y André Piettre. Se incluyen breves referencias a Karl Max. Aún es temprano, sin embargo, para captar a partir de un núcleo unitario las tendencias más avanzadas del capitalismo del siglo XXI.

Palabras claves: Capitalismo, Max Weber, Werner Sombart, Albert Hirschman, Luc Boltanski, Julio Meinvielle, André Piettre.

Abstract

Many of the criticisms that are made of capitalism in Chile, focus on generalities that do not offer the minimally necessary details. This article tries to determine what is the attribute that defines modern capitalism. To do this, the studies carried out on the “spirit” of capitalism by Werner Sombart, Max Weber, Albert Hirschman, Luc Boltanski, Eve Chiapello, Julio Meinvielle and André Piettre. Brief references to Karl Max are

* Doctor en Derecho y Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de Derecho Constitucional de la Facultad de Derecho de la Universidad del Desarrollo. Esta investigación ha sido posible gracias al apoyo del Proyecto Fondecyt 1191017. Artículo enviado el 15 de mayo de 2021 y aceptado para su publicación el 30 de agosto de 2021. Correo electrónico: jalvear@udd.cl

included. It is still early, however, to grasp from a unitary nucleus the most advanced tendencies of 21st century capitalism.

Keywords: Capitalism, Max Weber, Werner Sombart, Albert Hirschman, Luc Boltanski, Julio Meinvielle, André Piettre.

I. Antecedentes

En la ciencia jurídica en general, en el derecho constitucional, el derecho económico o el derecho del consumo en particular, no es habitual integrar los aportes que desde la historia, la sociología, pero también desde el mundo del derecho, formularon los autores que analizaron de manera global la génesis y el desarrollo del capitalismo.

Muchas de las críticas que, en Chile, se realizan al capitalismo, al papel de la empresa privada en la sociedad, al estatuto de la libertad económica o al abuso de la empresa en materia de derecho del consumidor se centran en generalidades que no ofrecen las precisiones mínimas necesarias. Al otro lado de espectro, quienes justifican los beneficios de la economía vigente parecieran reducir los problemas particulares constatables a asuntos de déficits solo regulatorios, olvidando que tras lo puramente económico habita lo humano. Y que el derecho debe hacerse cargo de ambos.

La comprensión –y la crítica– del capitalismo resultan inconsistentes si no se estudian a los autores que con mayor profundidad abordaron la materia. Entre los precursores se encuentran las figuras de Max Weber (1864-1920) y de Werner Sombart (1863-1941). También, por cierto, Karl Marx (1818-1883). Pero su pensamiento, por un lado, es mucho menos científico (en rigor, no es científico, sino ideológico). Y, por otro, es una figura mucho más conocida. De cualquier manera, para comprender sus críticas al capitalismo, se vuelve oportuno indicar las obras de David Harvey, por su capacidad de adaptar las tesis socio-económicas de Karl Marx a los tiempos presentes, en lo que respecta a las invectivas contra la acumulación del capital¹. Se pensó, en algún momento, en destacar a Louis Althusser (1918-1990)², pero sus particularidades hubieran llevado esta exposición hacia otros derroteros.

¹ David HARVEY, *The Enigma of Capital: and the Crises of Capitalism*, pp. 1-260. Con mayor amplitud, David HARVEY, *Seventeen Contradictions and The End of Capitalism*, pp. 12-297. También son útiles las guías de lectura de “El Capital” en David HARVEY, *A Companion to Marx's Capital*, pp. 15-314 y David HARVEY, *A Companion To Marx's Capital*, vol. II, pp. 37-394.

² En particular, Louis ALTHUSSER, *Lire le Capital*, vol. I, pp. 5-184 y Louis ALTHUSSER, *Lire le Capital*, vol. II, pp. 5-78.

Se incluyen a varias figuras que, de algún modo, continuaron los estudios de Max Weber y Werner Sombart, y que permiten conocer las profundidades –lo que va más allá de la apariencia– del capitalismo contemporáneo: Albert Hirschman (1915-2012), Julio Meinvielle (1905-1973), André Piettre (1906-1994), Luc Boltanski y Eve Chiapello.

Se ha tenido que dejar fuera, obviamente, a muchos otros. Entre ellos, Pierre Rosanvallon, Louis Dumont, Daniel Bell y Robert Nisbet, que se espera, serán abordados en otro estudio, pues sus aportes refieren con mayor nitidez, a los aspectos filosóficos del capitalismo.

Este artículo se ha limitado al ángulo de lo que se puede llamar la visión general del capitalismo. La captación de su “espíritu”, el aspecto que le define. Presenta las dimensiones que han parecido más relevantes para obtener tales resultados. No ha sido el objetivo –ni podría serlo en un espacio tan reducido– el revisar en su conjunto el pensamiento de cada autor citado, ni tampoco analizar en su integridad sus contribuciones sobre la materia. En cambio, interesa destacar, con mayor o menor precisión, lo que cada una de las figuras seleccionadas ha tenido como elemento esencial y definidor del capitalismo, de un análisis comparativo, a fin de dejar que el lector extraiga sus propias conclusiones.

II. Una visión general del capitalismo. Hacia la identificación del “espíritu” del capitalismo

El capitalismo es un sistema económico que conlleva al menos tres elementos: una determinada forma de organización social, un conjunto de técnicas y una mentalidad que le inspira. La organización social supone la existencia de la iniciativa privada, la cooperación entre los propietarios de los medios de producción y los propietarios de la fuerza de trabajo, y el libre intercambio a través del mercado. La técnica permite modelar el flujo económico y el modo de obtener beneficios. La actitud mental, que para muchos es el factor más importante, se expresa en los principios normativos de adquisición de ganancia, de racionalidad económica y de competencia³, que se expanden, en mayor o menor grado, a diversos ámbitos de la sociedad.

Pero el capitalismo no es pura economía. También tiene un “espíritu”. Fueron, en efecto, Max Weber y Werner Sombart quienes propusieron la categoría de “espíritu” para analizar científicamente el capitalismo (por oposición a la lectura materialista, típica del marxismo). A través de dicha

³Talcott PARSONS, “Capitalism in Recent German Literature: Sombart and Weber I”, p. 35.

categoría, ambos intentaron caracterizar el capitalismo en lo que tiene de más esencial.

No hay que olvidar, sin embargo, que ambos utilizan el término ‘espíritu’ en un marco más amplio: la emergencia y desenvolvimiento de la Modernidad. De este modo, el capitalismo es visto como un proceso complejo que trasciende la estructura económica, puesto que refiere a las relaciones sociales, a las expectativas vitales, a la concepción del trabajo y al ideal de desarrollo material, propio de la modernidad⁴. Albert Hirschman, Luc Boltanski, Eve Chiapello, Julio Meinvielle y André Piettre harán lo propio al trazar la evolución del capitalismo.

I. WERNER SOMBART

Se podría decir que al describir el capitalismo moderno, parte reconociendo su superioridad económica, así como el progreso cualitativo y cualitativo que le produce desde el ángulo del aumento de riquezas, de intercambios, de bienes y servicios. Pero el autor matiza la valoración de este desempeño material. No siempre, precisa, es un valor final. Particularmente, porque en razón de su “espíritu”, la economía capitalista adopta unos referentes culturales, una intencionalidad fundamental, por la que se organiza para reducir todo a dinero a fin de obtener ganancias. Vive de la compulsión por reproducir el dinero. La satisfacción de las necesidades a través del mercado queda subordinada a dicho objetivo fundamental⁵.

El “espíritu” del capitalismo transforma en profundidad la economía⁶. En la economía de subsistencia y en la de producción manual, aquella exis-

⁴ María Lilia PÉREZ FRANCO, “La noción de “espíritu” en las sociologías de Werner Sombart y Max Weber”, p. 28.

⁵ Es la interpretación de Arthur MITZMAN, *Sociology and Estrangement: Three Sociologists of Imperial Germany*, p. 187.

⁶ Observa acertadamente María Pérez Franco que “no es tanto la producción como tal lo que nuestro autor valora, sino la mentalidad, esa clase de mentalidad o espíritu capitalista a la que visualiza como la causa, la raíz del capitalismo moderno, y que permite conocer la forma en que la persona individual se ajusta y ajusta al sistema para sí. Para el caso del capitalismo, la intención económica es lo que constituye su espíritu [...] Para Sombart la economía no es un proceso natural sino una organización cultural, nacida de la libre decisión de la humanidad. Así, el porvenir de la economía o de un sistema económico descansa en la decisión humana dotada de libre voluntad”. PÉREZ, *op. cit.*, pp. 33-34. Por eso Werner Sombart precisa: “En lenguaje metafórico podríamos hablar de la vida económica como compuesta de un cuerpo y de un alma. Las formas en que se desenvuelve la vida económica –formas de producción, de distribución, organizaciones de todas clases, en cuyo marco el hombre satisface sus necesidades económicas– constituirían el cuerpo económico, del que también formarían parte las condiciones externas. A este cuerpo se contraponen el espíritu económico, el cual comprende el conjunto de facultades y actividades psíquicas que intervienen en la vida económica: manifestaciones de la inteligencia, rasgos de carácter, fines y tendencias, juicios de valor y principios que determinan y regulan la conducta del hombre económico. Tomo, pues, este concepto en su sentido más amplio

tía para satisfacer las necesidades humanas, más o menos fijas, dado los condicionamientos estamentales. Se trataba de una economía tradicional, marcada por un cierto inmovilismo. La economía capitalista, en cambio, es dinámica y racionalista. Su “espíritu” es movido por dos variables fundamentales: el espíritu de empresa y el espíritu burgués. El primero resulta de la síntesis de la codicia, el espíritu aventurero y el afán descubridor. Es un espíritu de carácter mundano, errante y arriesgado, que encuentra en el capitalismo un campo propicio para la acción. El espíritu burgués, por su parte, se compone de “la prudencia reflexiva, circunspección calculadora, ponderación racional y espíritu de orden y de economía”⁷.

Desde el siglo XIV hasta el siglo XVII se desarrolla el espíritu moderno de empresa, teniendo una serie de protagonistas que van a encarnar un nuevo tipo humano: el de empresario ávido de ganancias. Werner Sombart refiere a los corsarios, los señores feudales, los funcionarios de la burocracia gubernativa, los comerciantes (en especial los escoceses, los florentinos y los judíos), los especuladores y los artesanos. Todos ellos serán dominados por la pasión por el dinero.

Paso a paso, nace con ellos un modo nuevo de considerar la existencia humana, y con ello, la economía. Se vive en este mundo para enriquecerse. El amor al dinero, la pasión por el oro, coliga las voluntades. Nace, entonces, la empresa moderna, como asociación para el lucro, origen de la sociedad de capital. Implica la ejecución de una planificación destinada exclusivamente a tales fines, con la colaboración de personas y recursos.

Es conocida su tesis sobre la influencia del pueblo judío –como grupo étnico y religioso– en la comercialización de la economía, en particular por el desenvolvimiento de la empresa del crédito y la práctica de la usura. Menos conocida es su observación sobre la importancia de la religión católica en la génesis del capitalismo. La moral tomista habría establecido un orden racional a la actividad de los sentidos, con lo que, a resultas, permitió encaminar el afán de lucro hacia objetivos metódicos. A diferencia de Max Weber, ve en el protestantismo no un incentivo generador del espíritu capitalista, sino un obstáculo⁸.

Al afán de lucro, se agrega el cálculo del espíritu burgués, cuyo sustrato humano pasa por diversas etapas, en la medida en que el capitalismo evoluciona. Desde los orígenes del capitalismo hasta el siglo XVIII, el burgués es un tipo humano caracterizado por un conjunto de virtudes “eco-

y no lo limito, como ocurre tan a menudo, al ámbito de la ética económica, es decir, a lo moralmente normativo en el terreno económico. En realidad esto constituye una parte de lo que denomino el espíritu de la vida económica”. Werner SOMBART, *El burgués*, p. 13.

⁷ PÉREZ, *op. cit.*, p. 35.

⁸ SOMBART, *El burgués, op. cit.*, pp. 246 y 261.

nómicas”: prudencia reflexiva, espíritu de orden, sensatez, circunspección calculadora, ponderación razonable, medida. Si bien el hombre es la medida de todas las cosas, no hay excesiva agitación en el burgués de este periodo. El enriquecimiento se busca para cultivar los valores del bien vivir, que se asumen con relativa honestidad y templanza. La pasión por el dinero y el racionalismo económico no se mueven sin esos contrapesos.

A inicios del siglo XIX, emerge la burguesía como sujeto histórico que encarna el espíritu del capitalismo. Es propietaria de todos los valores representativos de la riqueza y del capital (materias primas, medios de producción, comercio, etc.). Dirige o tiene intereses directos en el proceso de producción, aumentando el valor del capital que invierte. Representa plenamente, ya sin contrapesos, el *homo oeconomicus* que se desvive por la acumulación del dinero. Sus valores fundantes son los negocios, el enriquecimiento sin límite. Su actividad constante es conquistar, organizar, calcular, someter las cosas a transacción y especulación. Valora el mundo que le rodea por la potencialidad dineraria, por la capacidad de convertirla en dinero.

En la nueva burguesía el comportamiento económico obedece a una racionalización absoluta, a fin de organizar los negocios en vista de la producción y la conquista de mercados y consumidores. Las antiguas virtudes burguesas se despersonalizan y se “cosifican”. El honor del comerciante, la merecida fama de la estirpe importa menos. Lo relevante es el prestigio de la empresa, la cantidad de dinero que se posee, el monto de los capitales invertidos⁹.

Desde entonces, la burguesía capitalista coordina y organiza a los trabajadores a través de las diversas formas societarias de empresa, encapsulando la fuerza de trabajo en rígidos moldes de disciplina laboral y estructuración social. A cambio de sustento, los trabajadores –asalariados libres– venden lo único que poseen: la actividad de sus brazos. La situación del trabajador asalariado durante gran parte del siglo XIX es precaria y, en general, le caracteriza la inseguridad de su existencia, la incertidumbre del sustento y la inestabilidad de su posición, fruto de la organización social derivada del sistema económico¹⁰.

Se dijo que reconoce los avances del capitalismo en las áreas del progreso material. Pero es pesimista en cuanto a sus efectos individuales y sociales. Primero, caracteriza una época de predominio de lo económico por sobre las otras dimensiones de la vida humana. Segundo, transforma la actividad económica en un fin en sí mismo, convirtiendo al empresa-

⁹ Alfredo POVIÑA, “Werner Sombart”, p. 329.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 330.

rio burgués en un “objeto” del sistema, al servicio de la acumulación del capital. Mientras el afán de ganancias invade todos los ámbitos, el racionalismo económico se independiza de los intereses vitales que lo originaron. Todas las personas que interactúan al interior del sistema se vuelven objetos, al servicio de la lógica incontenible de la acumulación, de la disciplina inhumana de la racionalidad económica, de nuevas posibilidades de lograr el éxito.

“La valoración de su actividad altamente racional en el plano económico sustentará, en consecuencia, la también positiva valoración de contribuir al esfuerzo y al logro económicos como la base del progreso técnico y social. Así, el medio se convierte en el fin y el ser humano viviente queda subordinado o relegado al olvido”¹¹.

Expulsada toda contención religiosa del horizonte humano, la “filosofía del dinero” va tomando cuenta del espíritu del capitalismo¹² expandiéndose a toda la sociedad, arrasando o afectando, a su paso, todos los vínculos humanos no dinerarios. Suplementariamente, la hiperracionalización de la planificación en los negocios y en la empresaria domina, al interior del sistema, toda voluntad individual –que la modernidad supone libre–, mientras restringe o coloniza la creatividad humana¹³.

2. MAX WEBER

Se le asigna la tesis de atribuir la génesis del capitalismo moderno a la ética calvinista.

¹¹ PÉREZ, *op. cit.*, p. 40. “El sistema –dice Werner Sombart– anida bajo el caparazón de la empresa capitalista, en forma de un espíritu invisible: ‘calcula’, ‘lleva los libros’, ‘hace cuentas’, ‘fija los salarios’, ‘ahorra’, ‘registra’, etc. Se opone al sujeto económico con poder autoritario; le exige, lo obliga y no descansa; crece, se perfecciona. Vive su propia vida”. SOMBART, *El burgués, op. cit.*, p. 355.

¹² Es, según María Pérez Franco, una noción tomada de Georg Simmel. PÉREZ, *op. cit.*, pp. 40-41. Georg Simmel observa que la función del dinero ha mutado en las sociedades capitalistas. De instrumento mediador entre los deseos del individuo y la posibilidad de satisfacerlos, pasa a representar no a los sujetos sino a los objetos, a cualquier objeto deseado. A través del precio, el dinero objetiva el valor de cualquier cosa permisible, volviéndose un valor en sí mismo. Lo que, además, permite a cada persona relacionarse con el mundo exterior de un modo autónomo, sin dependencias. De medio, el dinero se ha transformado en fin. GEORG SIMMEL, *Filosofía del dinero*, pp. 237-238.

¹³ “En tanto no se quiebre la fuerza del gigante –dice Sombart– lo único que se puede hacer es tomar medidas protectoras para la seguridad del cuerpo y del alma, de bienes y haciendas: afrontarlo con extintores de incendios en forma de leyes de protección de los trabajadores, de los hogares y similares, y confiar ese manejo a un equipo de hombres bien organizados para sofocar las llamas que amenazan con destruir las apacibles cabañas de nuestra cultura”. SOMBART, *El burgués, op. cit.*, p. 367.

La afirmación es, en realidad, una vulgarización de su pensamiento. El pensador germano cifra el origen del capitalismo a fines de la Edad Media. Antes, por tanto, de la Reforma Protestante. La ética calvinista, como construcción típico-ideal, le habría dado al capitalismo nuevas categorías morales y culturales para racionalizar el trabajo y el ahorro, y justificar la acumulación de ganancias. Sin embargo, el autor reduce el alcance de su propia tesis a Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII, y termina por sostener que el capitalismo “victorioso” del siglo XIX no necesita en realidad de “apoyo religioso”, sino que descansa en “fundamentos mecánicos”¹⁴.

Su tesis ha sido muy controvertida en los últimos cien años, según se desprende de las cerca de mil quinientas páginas que Francisco Gil Villegas dedica al problema¹⁵. Entre otros, Werner Sombart excluye al protestantismo (más exactamente el puritanismo) de la génesis del capitalismo, aunque se detiene mucho menos que Weber en el análisis de la cuestión. Como ya se afirmó, prefiere destacar el influjo del pueblo judío¹⁶, sin desmerecer la influencia del catolicismo, en particular, en los reflejos de la moral tomista. En la actualidad, Rodney Stark le imputa un absoluto desconocimiento de la historia económica no protestante, pues el capitalismo, la banca y el sistema de seguros florecieron en el siglo XVI en los países católicos, en especial, en Italia, que en la materia domina su siglo¹⁷. El mismo Max Weber refiere a este punto al reconocer el incipiente desarrollo capitalista en la Florencia del siglo XIV, aunque no saca consecuencias gravitantes del hecho¹⁸.

¹⁴ Max WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 286-287.

¹⁵ FRANCISCO GIL VILLEGAS, *Max Weber y la guerra académica de los cien años*, pp. 77-1350.

¹⁶ Werner SOMBART, *The Jews and Modern capitalism*, pp. 7-246.

¹⁷ Para Rodney Stark el capitalismo florece en la baja Edad Media de la mano de tres factores: la propiedad privada, la libertad política y la descentralización, lo que da origen a “empresas” económicas bien organizadas y sustentables, lo que puede rastrearse incluso desde el siglo X. Argumenta, asimismo, que el capitalismo se desenvuelve con pujanza en Holanda e Inglaterra antes de la Reforma. Y que los valores que exaltan el trabajo, el capital y la remuneración del esfuerzo personal son independientes de la ética calvinista, como puede verse en la cultura normando-británica medieval, tan expresiva en la epopeya de Beowulf. Rodney STARK, *The Victory of Reason: How Christianity Led to Freedom, Capitalism, and Western Success*, pp. 103-160.

¹⁸ WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, p. 125. María Pérez Franco defiende la postura de Max Weber matizando que el autor nunca propuso una causalidad inmediata entre el ascetismo calvinista y el desarrollo de la conducta capitalista moderna. Tampoco sostuvo que el influjo causal del protestantismo (que es más bien reflejo) sea único y exclusivo. El autor germano apunta, además, solo a la génesis del capitalismo, lo que no es generalizable a todas las etapas de su desenvolvimiento. En ese cuadro más acotado, analiza los casos de Ginebra, los Países Bajos, Escocia y Nueva Inglaterra, donde encuentra los primeros centros de desarrollo capitalista durante los siglos XVI y XVII. También examina la ciudad de Baden a finales del siglo XIX en la que nota una más extendida presencia de protestantes que de

Hay un aspecto, sin embargo, en el que tiene razón: la ética calvinista del trabajo (con el dogma de la doble predestinación) da una tonalidad peculiar al capitalismo. En la medida en que este se deja influir por aquella, su “espíritu” queda subyugado por el interés individual. Sobre esto último teorizará Adam Smith y el liberalismo.

De cualquier manera, como observa Frederick Wilhelmsen, sin el ingrediente “calvinista” del capitalismo, el progreso industrial hubiera podido ser encausado al servicio del bien común, en el esquema, por ejemplo, de la moral católica tradicional y es probable que el mundo sería hoy diferente¹⁹.

Para Max Weber, el capitalismo se configura en torno a la racionalización económica, que, a su vez, es parte de ese “desencantamiento del mundo” (*Entzauberung der Welt*) que define el proceso de secularización de la Modernidad.

En la génesis del capitalismo, el sujeto histórico no es el empresario burgués, a la manera de Werner Sombart, sino el “puritano”, o más exactamente, el protestante de orientación calvinista, pietista, bautista o metodista, que asume la ascesis cristiana no como aislamiento del mundo, no como purificación interna, o renuncia a la vida activa, sino como esfuerzo diario aplicado al trabajo. Es a través de este que se realiza la vocación cristiana y se alcanza la salvación eterna.

No se trata, sin embargo, de cualquier trabajo, sino de uno “profesional”, esto es, permanente, sistemático, organizado, por el que se persiguen bienes terrenales como parte de la propia reforma moral y como medio para realizar el conjunto de virtudes que esto conlleva. El trabajo crea un ambiente propio en el que afloran las virtudes “económicas” del “puritano”: racionalización del tiempo, del dinero y del crédito; frugalidad personal; prudencia y honradez en los negocios; responsabilidad; preocupación por el pago de las deudas. Toda esta disciplina materializa el *ethos* del trabajo, al que se está atado por vocación y por deber²⁰.

El *ethos* con el que se asume el trabajo racionaliza toda la actividad económica, lo que permite una efectividad nunca antes vista en el manejo del dinero y de la riqueza. El éxito en la materia no será visto con sospecha o como obstáculo para la salvación de la propia alma, sino como signo y señal de predestinación.

católicos en la posesión de capitales, en el impulso de empresas industriales y comerciales, en la posesión de oficios que requieren conocimientos técnico-científicos en el ámbito económico. PÉREZ, *op. cit.*, pp. 42-43, 45 y 55.

¹⁹ Frederick WILHELMSSEN, *El problema de Occidente y los cristianos*, pp. 45-47.

²⁰ Una descripción de esas virtudes en WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, pp. 45-46, 57 y 71.

La creencia en la predestinación produce, por tanto, una orientación vital, un tipo especial de ascetismo cristiano que conduce a la emergencia del capitalismo moderno. La racionalización de la vida a través de la organización del trabajo, proyectado a la explotación y la productividad económicas, como medio preferente para lograr la salvación, será uno de los elementos esenciales del espíritu que acompañará la génesis del capitalismo²¹.

Más allá de la discusión sobre las distintas causas que dieron origen al capitalismo, el interés de Max Weber reside en señalar la presencia de los rasgos ascéticos puritanos en la mentalidad burguesa que impulsará la economía moderna. A tales efectos, Denis Baranger distingue tres significados de “capitalismo” en el pensador germano.

El primer significado refiere al capitalismo, en general, aplicable a diversas épocas históricas. Cualquier empresa o actividad lucrativa (botín, usura, especulación, prebendas oficiales, producción de bienes y servicios) que se guíe por la probabilidad de obtener una ganancia por sobre una aportación dineraria inicial puede ser calificada como “capitalista”²². El segundo sentido es el que corresponde al capitalismo moderno, que en cuanto “racional” se contrapone a las formas “irracionales” precedentes. El primero lucra a partir de circunstancias o condiciones sobre las que no tiene un dominio racional. El segundo, en cambio, es el que se desenvuelve “en términos de una racionalidad económica pura, sin necesidad alguna de apelar a instancias extraeconómicas”²³.

Denis Baranger precisa que en Weber el término ‘capitalismo’ (moderno) connota dos órdenes de concreción: puede referir a la orientación racional hacia el lucro por parte de una empresa o a un sistema económico en el que predominan esas empresas racionalmente orientadas hacia el lucro²⁴.

En este último sentido, el capitalismo moderno se reconoce porque establece “la organización industrial racional, la que calcula las posibilidades del mercado y no se deja llevar por la especulación irracional o política”²⁵. Aquí se define el capitalismo:

²¹ WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, p. 285. Para todo este desarrollo, véase PÉREZ, *op. cit.*, pp. 43-53.

²² WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.* pp. 10-13; Max WEBER, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, pp. 131-132.

²³ DENIS BARANGER, “Sobre la noción del capitalismo en la obra de Max Weber”, p. 307.

²⁴ BARANGER, *op. cit.*, p. 311. “La empresa significa una unidad económica lucrativa que se orienta por las probabilidades del mercado, para obtener ganancias en el cambio”. Max WEBER, *Historia económica general*, p. 8.

²⁵ WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, p. 13. El capitalismo, en general, tiene una simple orientación al lucro. El capitalismo moderno, una orientación *racional* al lucro. El primero subsiste en los tiempos modernos como orientación en determinadas empresas, por ejemplo, en el capitalismo que especula con la guerra, *op. cit.*, p. 12.

“Por la existencia de empresas cuyo objetivo es obtener el máximo de ganancia, y cuyo medio es la organización racional del trabajo y la producción”²⁶.

El capitalismo moderno es un fenómeno exclusivo de Occidente²⁷. Desde el ángulo de la empresa, Max Weber precisa su caracterización esencial:

“Contabilidad racional del capital como norma para todas las grandes empresas lucrativas que se ocupan de la satisfacción de las necesidades cotidianas”.

De ahí deriva una serie de consecuencias:

- i) Apropiación de todos los bienes materiales de producción, como propiedad de libre disposición por parte de las empresas lucrativas autónomas;
- ii) Libertad mercantil;
- iii) Técnica racional;
- iv) Derecho racional;
- v) Organización racional del trabajo formalmente libre y
- vi) Comercialización de la economía²⁸.

El “espíritu” del capitalismo moderno no consiste en el puro “afán de lucro” o “impulso adquisitivo”. La pasión por el oro, la ambición ilimitada, acompaña desde siempre al ser humano²⁹. Lo que es propio

²⁶ Raymond ARON, *Las etapas del pensamiento sociológico*, p. 263.

²⁷ Conviene detenerse en la descripción de Max Weber: “Únicamente ha sido en nuestro Occidente donde se han conocido las explotaciones racionales capitalistas con capital fijo, trabajo libre y una especialización y coordinación racional de ese trabajo, así como una distribución de los servicios puramente económica sobre la base de las economías lucrativas capitalistas. Es aquí únicamente donde se han dado, como forma típica y dominante de la cobertura de necesidades de amplias masas, la organización del trabajo de carácter formalmente voluntario, con obreros expropiados de los medios de producción y con apropiación de las empresas por parte de los poseedores de los valores industriales. Únicamente en nuestro Occidente es donde se conocieron el crédito público en la forma de valores rentables, la comercialización de efectos y valores, los negocios de emisión y financiamiento como objeto de explotaciones racionales, el comercio en bolsa de mercaderías y valores, los mercados de dinero y de capitales, y las asociaciones monopolistas como forma de organización racional y lucrativa de empresas de producción (no tan solo de empresas comerciales)”. WEBER, *Economía y sociedad...*, *op. cit.*, p. 134.

²⁸ WEBER, *Historia económica...*, *op. cit.*, pp. 237-239. Sobre la apropiación de los medios de producción, *op. cit.*, pp. 256-257. Sobre la estricta organización racional del trabajo, WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, pp. 14-15. Solo sobre el sector del trabajo formalmente libre (aunque acuciado por la necesidad) resulta posible un cálculo racional del capital. Es muy distinto a la organización artesana o señorial del trabajo. WEBER, *Historia económica...*, *op. cit.*, pp. 236-238.

²⁹ “Afán de lucro, tendencia a enriquecerse, sobre todo a enriquecerse monetariamente en el mayor grado posible, son cosas que nada tienen que ver con el capitalismo [...] Es

del capitalismo moderno es la “moderación racional” de ese impulso, que provino del *ethos* de origen calvinista o puritano. En este cuadro, se podría hablar del “espíritu que presidió el desarrollo inicial del sistema económico capitalista” y del “espíritu que caracteriza en general al capitalismo moderno, tanto en el nivel de la empresa como del sistema económico”. El influjo protestante refiere primordialmente a aquel desarrollo inicial del capitalismo, en cuanto las creencias calvinistas y su *ethos* afectaron la conducta práctica de sus seguidores en el ámbito económico, lo que favoreció el desenvolvimiento de empresas capitalistas, sobre las cuales después pudo asentarse el sistema económico capitalista³⁰.

Max Weber, como Werner Sombart, también se muestra pesimista sobre el destino del capitalismo. El sentido religioso va pereciendo de forma gradual, con lo que se extingue el *ethos* que le inspiraba y le daba significado al trabajo como “deber profesional”. La riqueza se transforma en un fin en sí mismo y el deseo de gratificación inmediata se vuelve en norma de la cultura económica. El capitalismo deviene en un sistema mecánico que absorbe las vidas humanas, estabulándolas en la dinámica de la acumulación de ganancias.

“El cálculo racional, dice el pensador germano, reduce a cada trabajador a un engranaje en esta máquina burocrática y, viéndose a sí mismo de esta manera, simplemente preguntará cómo transformarse [...] a un engranaje más grande”³¹.

El proceso de racionalización de la modernidad secularizadora –del que el capitalismo es síntoma y expresión– ha terminado por convertir la sociedad en una “jaula de hierro” medida por el cálculo racional, la efi-

preciso, por tanto, abandonar para siempre ese concepto tan elemental e ingenuo del capitalismo, con el que nada tiene que ver (y mucho menos con su ‘espíritu’) la ‘ambición’, por ilimitada que esta sea. Por el contrario, el capitalismo debería considerarse precisamente como el freno o, por lo menos, como la moderación racional de este impulso irracional lucrativo”. WEBER, *La ética protestante...*, *op. cit.*, pp. 8-9. La creencia de que la actual época racionalista y capitalista posee un estímulo lucrativo más fuerte que otras épocas es una idea infantil. Los titulares del capitalismo moderno no están animados de un afán de lucro superior al de un mercader de Oriente. El desenfrenado afán de lucro solo ha dado lugar a consecuencias económicas de carácter irracional: hombres como Cortes o Pizarro (sic), que son acaso sus representantes más genuinos, no han pensado, ni de lejos, en la economía racional”. WEBER, *Historia económica...*, *op. cit.*, p. 299.

³⁰ BARANGER, *op. cit.*, pp. 314-316. Para este autor, la tesis del influjo decisivo de la ética protestante no puede extenderse a todo el desarrollo del capitalismo moderno, pues Max Weber solo la trabajó para sus orígenes, y en su justa medida, pues tampoco es la única causa o condición del capitalismo moderno, según se ha notado.

³¹ Max WEBER, *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, p. ix.

ciencia teleológica, el control, la impersonalidad y la coordinación burocrática de la vida humana³². El desconcierto de Max Weber es patente:

“Nadie sabe en el futuro quién ocupará la jaula de hierro, y si al término de este monstruoso desarrollo surgirán nuevos profetas y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas e ideales o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos. En este caso, los ‘últimos hombres’ de esta fase de la civilización podrán aplicarse esta frase: ‘Especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón: estas nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente’ ”³³

3. ALBERT HIRSCHMAN

Nota cómo el comercio y la banca –la actividad lucrativa, en general– fue vista durante siglos con prevención, por ser el espacio humano donde más fácilmente se desenvuelve la codicia y la avaricia³⁴. Considera que la justificación moral del capitalismo emerge por razones cuyo fundamento es socio-político y no por motivos de corte psicológico-religioso. Es en el horizonte cultural de la Ilustración donde se formula la justificación de la búsqueda de la ganancia como un fin en sí mismo. Dado el fracaso de la moral religiosa para dominar las pasiones humanas y la incapacidad de la razón política para gobernar en un mundo en que cada cual va en busca de lo suyo, un sector de la Ilustración coloca sus esperanzas en el comercio como instrumento para armonizar los egoísmos humanos más radicales.

En la mente de diversos pensadores del siglo XVIII la codicia es mutada en “interés” (síntesis de egoísmo y cálculo racional), y, el comercio se convierte en el único escenario capaz de armonizar los intereses contrapuestos. El lucro, el interés exclusivo por el dinero se transforma en una pasión inofensiva. Es más, digna de alabanza, pues doma a las pasiones violentas, como el deseo de gloria y el gusto por las hazañas. El mercado conduce el interés individual hacia el beneficio común, y el afán de ganan-

³² El término ‘jaula de hierro’ (iron cage) se debe a la traducción de Talcott Parsons de *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*. MAX WEBER, *Political Writings*, p. xvi. Como metáfora, Max Weber utiliza la voz [‘ein’] stahlhartes Gehäuse que significa ‘estuche’ o ‘envoltura’ y que remite a lo que es duro como el acero, férrea envoltura, caparazón duro y opresivo. Eduardo FIDANZA, “La jaula de hierro. Cien años después Consideración acerca de una metáfora perdurable”, p. 850. Sobre los resultados paradójales de la “racionalización” moderna, particularmente en la empresa y en el Estado, Carlos COUSIÑO, “La jaula de hierro (acerca de Max Weber)”, pp. 45-61.

³³ WEBER, *La ética protestante...*, op. cit., p. 249.

³⁴ Albert HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos del capitalismo antes de su triunfo*, pp. 18-20.

cia, por su constancia y su previsibilidad, permite empeñarse en la paz. El bien común no será fruto de la política sino de la economía capitalista³⁵.

Sin embargo, el siglo XIX mostró que las esperanzas puestas por la Ilustración en el *doux commerce* no eran reales. La sociedad de libre mercado no fue “dulce”; no trajo el cotejo de virtudes burguesas esperadas: ni el apaciguamiento de las costumbres, ni la amabilidad como forma de sociabilidad, ni la moderación como conducta económica. La ganancia de dinero no se convirtió en una “pasión tranquila”³⁶. Al contrario, el capitalismo decimonónico impuso una economía de mucho desenvolvimiento material, pero afectada por la coacción, la opresión y la brutalidad³⁷. De ahí la necesidad de una continua justificación moral. Es la tesis de Luc Boltanski y Eve Chiapello que se reseñará a continuación.

4. LUC BOLTANSKI Y EVE CHIAPELLO

Definen el capitalismo como:

“La exigencia de acumulación ilimitada de capital mediante medios formalmente pacíficos. La perpetua puesta en circulación de capital –agregan– dentro del circuito económico con el objetivo de extraer beneficios, es decir, de incrementar el capital que será a su vez reinvertido de nuevo”.

Es este carácter el que le otorga al capitalismo “su dinámica y su fuerza de transformación”³⁸. Los autores precisan que la acumulación de capital no consiste propiamente en un acaparamiento de las formas materiales sino en su transformación permanente para producir más capital³⁹.

³⁵ HIRSCHMAN, *op. cit.*, pp. 38-63.

³⁶ Sobre las ilusiones de la Ilustración respecto del comercio inocente y la “pasión tranquila” por el dinero, *op. cit.*, pp. 63-73.

³⁷ LUC BOLTANSKI y EVE CHIAPELLO, *El nuevo espíritu del capitalismo*, pp. 44-45.

³⁸ *Op. cit.*, p. 35.

³⁹ Es oportuno citar el texto in extenso: “La acumulación de capital no consiste en un acaparamiento de riquezas, es decir, de objetos deseados por su valor de uso, su función ostentatoria, o como signos de poder. Las formas concretas de riqueza (inmobiliaria, bienes de equipo, mercancías, monedas) no tienen interés en sí, y pueden suponer incuso –debido a su falta de liquidez– un obstáculo para el único objetivo reamente importante: la transformación permanentes del capital, de los bienes de equipo y de las distintas adquisiciones (materias primas, componentes, servicios, etc.) en producción, de producción en dinero y del dinero en nuevas inversiones [...]. Este desapego que muestra el capital por las formas materiales de la riqueza le confiere un carácter abstracto que contribuye a perpetuar la acumulación. En la medida en que el enriquecimiento es evaluado en términos contables y el beneficio acumulado se calcula como la diferencia entre dos balances de épocas distintas, no existe límite alguno, no hay saciedad posible. Justo lo contrario de lo que ocurre cuando la riqueza se orienta a cubrir las necesidades de consumo, incluso las del lujo”. *Op. cit.*, pp. 35-36.

El capitalismo se caracteriza por:

- i) Un sujeto activo (“capitalistas”). Luc Boltanski y Eve Chiapello consideran como tales al conjunto de poseedores de un patrimonio en sentido no estático sino dinámico, pues integra principalmente las inversiones físicas y financieras, no el patrimonio de disfrute o el patrimonio profesional de los no asalariados. Capitalista es quien tiene el capital para que se multiplique⁴⁰. Sin embargo, en un sentido más preciso del término, es conveniente reservar la voz ‘capitalistas’ para aquellos que, en realidad, mueven el sistema⁴¹.
- ii) El régimen salarial, que a diferencia de Max Weber, Luc Boltanski y Eve Chiapello consideran desde el solo ángulo de la posición social, sin importar sus formas jurídicas contractuales. Lo propio de la economía capitalista es que se apoya sobre una parte de la población que no tiene capital (o muy poco), en cuyo beneficio no se orienta el sistema, que vende su fuerza de trabajo (y no sus productos) para vivir, que es libre en el ámbito formal, pero depende socioeconómicamente de los dueños del capital y que les entrega en propiedad, en cuanto fuere posible, todo el fruto de sus esfuerzos. El trabajo asalariado se ha extendido a las mujeres y a las profesiones liberales, angostándose las formas de trabajo autónomo⁴².

⁴⁰ Capitalista “es cualquier persona que posea un excedente y lo invierta para extraer un beneficio que suponga un incremento del excedente inicial. El arquetipo es el accionista, el pequeño o gran inversor, el ahorrista que no quiere que su dinero duerma, sino que se multiplique: todos los que invierten su dinero y esperan por ello su remuneración”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 37.

⁴¹ “Reservamos [...] la denominación de ‘capitalistas’ para los principales actores responsables de la acumulación y del crecimiento del capital que presionan directamente a las empresas para que obtengan el máximo de beneficios. Son, por supuesto, un número mucho más reducido. Reagrupan no solamente a los grandes accionistas, personas particulares que por su propio peso son susceptibles de influir en la marcha de los negocios, sino también a las personas morales (representadas por algunos individuos influyentes, ante todo, los directores de empresa) que detentan o controlan mediante su acción la mayor parte del capital mundial (holdings y multinacionales –incluidas las bancarias– a través de filiales y participaciones, o fondos de inversión, fondos de pensiones). Las figuras de los grandes patrones, de los directores asalariados de las grandes empresas, de los gestores de fondos o de los grandes inversores en acciones detentan una influencia evidente sobre el proceso capitalista, sobre las prácticas de las empresas y las tasas de beneficios extraídas, a diferencia de lo que ocurre con los pequeños inversores [...] Este grupo merece recibir el nombre de capitalistas en la medida en que asume como propia la exigencia de maximización de los beneficios, que a su vez es trasladada a las personas, físicas o morales, sobre las que ejercen un poder de control”. *Op. cit.*, p. 38.

⁴² *Op. cit.*, pp. 39-40.

- iii) El proceso capitalista tiene un carácter insaciable dada la operatividad de la libre competencia⁴³.
- iv) La economía de libre mercado acompaña al capitalismo, pero debe distinguirse conceptual e históricamente de él. El libre mercado precede al modelo normativo de acumulación ilimitada. Y la competencia o rivalidad entre los actores del capitalismo no genera de forma instantánea un mercado libre, descentralizado, transparente, con simetría de información y precios de equilibrio. La lógica capitalista de la acumulación solo se pliega a las reglas del libre mercado y de las transacciones ordinarias cuando no hay otra vía más directa de obtener beneficios. Los contratos e instituciones en las que se apoya el sistema pueden amparar con facilidad arreglos solo en beneficio de uno o pocos actores⁴⁴.
- v) El capitalismo necesita de un “espíritu” que le justifique. Luc Boltanski y Eve Chiapello atribuyen al capitalismo un vínculo necesario con la moral; una exigencia de “deber ser” ético. Y ello, por una razón no ética, pragmática, utilitaria: a medida que evoluciona, la búsqueda de la acumulación ilimitada del capital produce efectos desfavorables para una parte importante de la población, por lo requiere legitimarse a través de justificaciones morales, tanto individuales como colectivas. No es solo la manida cuestión de las desigualdades y sus correlatos, sino, también, el hecho de que muchos integrantes de la sociedad no tienen posibilidad de obtener beneficios, o esta es mínima, por lo que la lógica del sistema está lejos de favorecer a todos. En realidad, solo a los que pueden aprovecharse de ella.

De la tesis weberiana de la *Beruf* –vocación religiosa que exige ser cumplida a través del deber de trabajo profesional productivo– los autores

⁴³ “La capacidad del capitalista por recuperar su dinero invertido, incrementado con algún beneficio se encuentra perpetuamente amenazada, en particular debido a las acciones de otros capitalistas con quienes se disputa el poder de compra de los consumidores”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 36.

⁴⁴ *Op. cit.*, pp. 36-37. Los autores constatan con Fernand Braudel que los grandes juegos capitalistas se sitúan en lo no habitual, en lo fuera de serie o en la conexión lejana, a suficiente tiempo de distancia de las reglas que regulan el mercado. Además, privilegios de información, circuitos de información confidenciales, complicidad del Estado, etc. sortean fácilmente estas reglas. Un ejemplo entre otros. La gran burguesía del siglo XIX solo apoyaba el *laissez faire* en el mercado laboral. Los capitalistas utilizaban todos los medios a su disposición (en particular el control político del Estado), para limitar la competencia, obstaculizar el libre comercio cuando era desfavorable, ocupar y conservar posiciones de monopolio y para favorecer desequilibrios geográficos y políticos con el fin de absorber el máximo de beneficios. *Ibid.*

guardan la idea de que los seres humanos necesitan de gravitantes razones morales para insertarse en las prácticas del capitalismo. En especial, porque el capitalismo, por su estructuración económica y sus efectos sociales no es capaz de suscitar, en su propio ámbito, compromisos durables en gran parte de la población⁴⁵. Las críticas le hacen mella y requiere saldarlas mediante justificaciones morales⁴⁶, pues de lo contrario resulta un sistema quebradizo y en crisis permanente.

Cada proceso de acumulación produce injusticias, despierta críticas y requiere justificación. Las críticas producen una suerte de efecto dialéctico, en la medida en que el capitalismo se ve forzado a incorporar las críticas, modificando su “espíritu”, limitándose o moderándose, con lo que aquellas pierden su filo detractor⁴⁷.

⁴⁵ Sostienen los autores: “El capitalismo es, en muchos aspectos, un sistema absurdo: los asalariados pierden en él la propiedad sobre el resultado de su trabajo y la posibilidad de llevar a cabo una vida activa más allá de la subordinación. En cuanto a los capitalistas, se encuentran encadenados a un proceso sin fin e insaciable, totalmente abstracto y disociado de la satisfacción de necesidades de consumo, aunque sean de lujo. Para estos dos tipos de protagonistas, la adhesión al proceso capitalista requiere justificaciones. Ahora bien, la acumulación capitalista, aunque en grados desiguales en función de los caminos seguidos para la obtención de beneficios (por ejemplo, dependiendo de si se trata de extraer beneficios industriales, comerciales o financieros), exige la movilización de un gran número de personas para las cuales las posibilidades de obtenerlos son escasas (sobre todo cuando su capital de partida es mediocre o inexistente) y a cada una de las cuales no le es atribuida más que una responsabilidad ínfima que en cualquier caso es difícil de evaluar –en el proceso global de acumulación–, de manera que están poco motivadas a comprometerse con las prácticas capitalistas, cuando no se muestran directamente hostiles a ellas. Algunos podrán evocar una motivación de tipo material en la participación, algo que resulta más evidente para el trabajador asalariado, que necesita de su salario para vivir, que para el gran propietario cuya actividad, superado cierto nivel, no se encuentra ya ligada a la satisfacción de necesidades personales. Sin embargo, este motor resulta, por sí sólo, bastante poco estimulante. Los psicólogos del trabajo han puesto de manifiesto con regularidad lo insuficiente que resulta la remuneración para suscitar el compromiso y avivar el entusiasmo por la tarea asignada. El salario constituiría, a lo sumo, una razón para permanecer en un empleo, no para implicarse en él”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, pp. 40-41.

⁴⁶ Las justificaciones son “razones que otorgan argumentos para hacer de la práctica capitalista una acción deseable, legítima y resistente a la crítica”. Juan Pablo GONNET y Francisco ABRIL, “El concepto de capitalismo en la perspectiva pragmática de Boltanski y Chiapello”, pp. 15-16. Las justificaciones, como se ha dicho, deben ser a título individual y colectivo: “La calidad del compromiso que puede esperarse depende más bien de los argumentos que puedan ser invocados para justificar no sólo los beneficios que la participación en los procesos capitalistas puede aportar a título individual, sino también las ventajas colectivas, definidas en términos de bien común, que contribuye a producir para todos. Llamamos espíritu del capitalismo a la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 41.

⁴⁷ La observación es de GONNET y ABRIL, *op. cit.*, p. 17. En términos de Luc Boltanski y Eve Chiapello: “Hemos visto cómo, para lograr la adhesión de las personas indispensables

De este modo, se puede definir el “espíritu” del capitalismo como el conjunto de creencias normativas que legitiman los procesos de acumulación tanto en el ámbito individual como colectivo, comprometiendo a todos los integrantes del sistema⁴⁸. El espíritu del capitalismo obviamente no es el mismo desde la génesis de la modernidad, pues cambia de contenido de la mano de las transformaciones sociales que ocasiona y de las consecuencias críticas que produce.

Estos cambios son analizables a través de un modelo a tres bandas: la crítica que el proceso capitalista suscita, los dispositivos de organización del trabajo y las formas de obtención de beneficio implicados en dicho proceso, y los elementos del sistema que permiten la separación tolerable entre las exigencias de justicia y la mantención de aquellos dispositivos⁴⁹. Un cambio en cada una de esas bandas, repercute en las demás y, en consecuencia, en la conformación del “espíritu” capitalista.

Siguiendo a Robert L. Heilbroner, Luc Boltanski y Eve Chiapello identifican cuatro formas de críticas al capitalismo (o cuatro “fuentes de indignación”):

- a) El capitalismo como fuente de *desencanto* y de *inautenticidad* de los objetos, de las personas, de los sentimientos y, en general, del tipo de vida que se encuentra a él asociado.

para la continuación de la acumulación, el capitalismo tuvo que incorporar un espíritu susceptible de proporcionar perspectivas de vida seductoras y excitantes, y que ofreciese a la vez garantías de seguridad y argumentos morales para poder continuar haciendo aquello que se hace. Esta amalgama de motivos y razones varía en el tiempo de acuerdo con las expectativas de las personas a las que hay que movilizar, las esperanzas con las cuales han crecido, así como en función de las formas adoptadas por la acumulación en las diferentes épocas. El espíritu del capitalismo debe responder a una exigencia de auto-justificación, sobre todo para poder resistir a la crítica anticapitalista, lo que implica un recurso a convenciones de validez universal en cuanto a lo que es justo e injusto”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 68.

⁴⁸ La legitimación –“justificación”– está lejos de tener una implicancia marxista, a modo de “superestructura” de los dominadores. Apuntan Luc Boltanski y Eve Chiapello que “el espíritu del capitalismo es [...] este conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él. Estas justificaciones –ya sean generales o prácticas, locales o globales, expresadas en términos de virtud o en términos de justicia– posibilitan el cumplimiento de tareas más o menos penosas y, de forma más general, la adhesión a un estilo de vida favorable al orden capitalista. Podemos hablar, en este caso, de *ideología dominante* con la condición de que renunciemos a ver en ella un simple subterfugio de los dominantes para asegurarse el consentimiento de los dominados y de que reconozcamos que la mayoría de las partes implicadas, tanto los fuertes como los débiles, se apoyan en los mismos esquemas para representarse el funcionamiento, las ventajas y las servidumbres del orden en el cual se encuentran inmersos”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 47.

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 74.

- b) El capitalismo como *fuerza de opresión*, en la medida en que se opone a la libertad, a la autonomía y a la creatividad de los seres humanos sometidos bajo su imperio. Ello es posible en razón de dos fenómenos inherentes al capitalismo: la dominación del mercado como fuerza impersonal que fija los precios, designa los hombres y los productos o servicios deseables y rechaza el resto; y las formas de subordinación de la condición salarial (disciplina de empresa, estrecha vigilancia por parte de los jefes, encuadramiento mediante reglamentos y procedimientos, etcétera).
- c) El capitalismo como fuente de *miseria* de los trabajadores y de *desigualdades* de alcance desconocido en el pasado.
- d) El capitalismo como fuente de *oportunismo* y de *egoísmo* que, favoreciendo solo intereses particulares, actúa como destructor de los lazos sociales y de las solidaridades comunitarias, en particular de una solidaridad mínima entre ricos y pobres⁵⁰.

El impacto de estos tipos de críticas en el espíritu del capitalismo es poderoso y puede tener tres efectos: deslegitimar los espíritus anteriores y privarles de eficacia⁵¹; obligar a los portavoces a justificar el sistema en términos de justicia y de bien común; defender el proceso mostrando que las alternativas al capitalismo son menos beneficiosas y menos justas⁵². De cualquier manera, bajo el impacto de la crítica, según se ha indicado, el capitalismo se autolimita en sus puntos más críticos⁵³.

En una radiografía del “espíritu” del capitalismo –o de sus “espíritus” sucesivos– se pueden discernir tópicos recurrentes provenientes de las éticas utilitaristas, contractualistas o consecuencialistas, propias del

⁵⁰ BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 84. El desarrollo de estos tipos de críticas en *op. cit.*, pp. 85-89.

⁵¹ Luc Boltanski cita al respecto los trabajos de Daniel Bell sobre la crisis del capitalismo estadounidense a fines de la década de 1960. En versión española puede verse Daniel BELL, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, pp. 1-264.

⁵² BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, pp. 73-74.

⁵³ Los autores declaran: “El espíritu del capitalismo [...] desempeña un papel central en el proceso capitalista a cuyo servicio está, que consiste en limitarlo. En efecto, las justificaciones planteadas que permiten movilizar a las partes implicadas obstaculizan la acumulación. Si consideramos seriamente las justificaciones planteadas por el espíritu del capitalismo, no todo beneficio es legítimo, no todo enriquecimiento es justo, no toda acumulación, por más que sea importante y rápida, es lícita. Ya Max Weber se dedicó a mostrar cómo el capitalismo, obstaculizado de esta suerte, se distinguía largamente de la pasión por el oro cuando uno se entrega a ella de forma desenfrenada. El capitalismo tendría, desde su punto de vista, como rasgo específico la moderación racional de este impulso”. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 68.

liberalismo: los tópicos de la utilidad, del bienestar global o del progreso; la justificación en términos de eficacia sin igual a la hora de ofrecer bienes y servicios; la referencia a los poderes liberadores del capitalismo y a la libertad política como efecto colateral de la libertad económica⁵⁴.

Durante los siglos XIX y XX tres “espíritus” del capitalismo pasan a los ojos de estos autores. El primero es típico del siglo XIX y es el que corresponde a la figura del *burgués emprendedor*, con todo el aparato de valores o virtudes burguesas anejas. Se trata de un capitalismo de modelo familiar, donde los trabajadores son conocidos personalmente por los propietarios o patrones, y el destino de la empresa está ligado al destino de la familia. Un segundo espíritu es patente durante el siglo XX, en concreto, entre 1930 y 1960. El centro no es el empresario individual sino *la organización*; el héroe no es el propietario sino el director de la gran empresa industrial centralizada, burocratizada y planificada, que busca hacerla crecer sin límites mediante cuadros de profesionales y la producción en masa y estandarizada. Diríase que su meta es el gigantismo. El accionariado se ha vuelto anónimo y los antiguos destinos familiares no existen. Ese es el punto de partida, sin embargo, para un tercer “espíritu” que tiene como protagonista a *las multinacionales*, propio de un capitalismo “mundializado”, isomorfo y que requiere de los adelantos de las nuevas tecnologías. El héroe ahora es el accionista y el proceso de acumulación del capital se funda en la flexibilidad y en la operación en red. Lo que importa es la realización personal mediante multitud de proyectos⁵⁵.

Este nuevo espíritu del capitalismo tiene su propio orden de justificación. Se habla de representaciones y no siempre de realidades. Si el espíritu burgués postuló su orden de justificación en la ciudad doméstica (autoridad, confianza y mutua estima) y en la ciudad comercial (búsqueda del poder, intercambio monetario y precio), el espíritu del capitalismo industrial lo hizo en la ciudad cívica (igualdad, solidaridad e interés colectivo) y en la ciudad industrial (competencia y experiencia profesional, relación funcional, productividad y eficiencia). El nuevo espíritu del capitalismo se fundaría en la “ciudad por proyectos”⁵⁶.

⁵⁴ BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, pp. 52-56.

⁵⁵ *Op. cit.*, pp. 57-60 y 140-148.

⁵⁶ La “ciudad por proyectos” estaría en formación, de acuerdo con las tendencias que describen BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, pp. 153-237. Las “ciudades” son cosmovisiones o imágenes de mundo que expresan filosofías políticas y teorías morales justificadoras; puntos de apoyo normativos en la construcción de justificaciones. Las ciudades se definen por una escala de “grandeur” apreciada según la época. En la ciudad *inspirada*, la grandeza es la del santo que accede al estado de gracia o la del artista que recibe la inspiración. En la ciudad *doméstica*, la grandeza depende de la posición jerárquica establecida por los lazos

Luc Boltanski resulta aquí algo ambivalente. Pues esa “ciudad por proyectos” no es algo dado, sino más bien una justificación a realizar. ¿Cómo se hará? El punto no es claro. Los propios autores reconocen las peligrosas tendencias del capitalismo actual y el problema de su justificación. Así, se está ante un capitalismo mundial que se reorienta a la inversión financiera, en busca de mayores beneficios puramente especulativos. Se reestructura en torno a los mercados financieros y al proceso de fusión o adquisición de las multinacionales, en un contexto de políticas públicas desreguladoras y de flexibilización laboral; de desarrollo de nuevas tecnologías que aumentan hacia el infinito las redes de la economía. Aparecen nuevos modelos de gestión de la empresa. La riqueza aumenta, pero también los resultados desfavorables como la reducción de las ayudas sociales, la precariedad de los trabajos estables, la familia reducida a frágil unidad de consumo, el acceso de los jóvenes a puestos laborales inferiores al de sus padres, la falta de expectativa en torno a las jubilaciones y a las futuras condiciones de vida, etc. Todo lo cual:

“Pone en peligro el compromiso posegunda guerra mundial en torno al ascenso de las clases medias y de los trabajadores calificados o su encuadramiento de por vida en las empresas, que constituyó una solución aceptable para las inquietudes de la pequeña burguesía”⁵⁷.

A juicio de Pedro Robertt, ese “espíritu” existe y corresponde más o menos a lo que se conoce como “neoliberalismo”⁵⁸, cuyo modelo sería el individuo económico responsable de sí mismo. En un estudio anterior, se denominó a estas tendencias como “neocapitalismo”⁵⁹.

de dependencia personal, según el modelo de sociedad familiar. En la ciudad de *renombre*, la grandeza depende de la fama. En la ciudad *cívica*, el grande es el representante del colectivo que manifiesta la voluntad general. En la ciudad *comercial*, el grande es el que se enriquece en el mercado competitivo. En la ciudad *industrial*, la grandeza se basa en la eficacia dentro de la escala de capacidades profesionales. BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 66. Sobre las “ciudades” como órdenes de justificación, Luc BOLTANSKI y Laurent THÉVENOT, *On Justification. Economies of Worth*, pp. 159-211. En este cuadro, resultan interesantes las ciudades que justifican la economía tradicional, no dominada por el espíritu del capitalismo moderno: la ciudad *inspirada* (creatividad, pasión, gracia) y la ciudad de *renombre* (celebridad, reconocimiento y fama). Los tres atributos de cada ciudad corresponden a la cualidad humana destacable, el tipo de relacionamiento social y la forma en que se evalúa el mundo. Una síntesis en GONNET y ABRIL, *op. cit.*, pp. 21-24. Observan estos autores que la ciudad por proyectos se asocia al desarrollo de una sociedad organizada reticularmente o en forma de red, en la cual se reconocen elementos de la *ciudad inspirada* y la de *renombre*.

⁵⁷ BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, p. 26.

⁵⁸ Pedro ROBERTT, “El nuevo espíritu del capitalismo: críticas y aportes desde el Sur”, p. 8.

⁵⁹ Julio ALVEAR TÉLLEZ, *Libertad económica, libre competencia y derecho del consumidor. Un panorama crítico. Una visión integral*, pp. 267-312.

Bolstanki y Chiapello no niegan la tesis de que el aparecimiento del capitalismo moderno implicó una representación del mundo radicalmente distinta a la de la sociedad tradicional. Pero de sus conclusiones hay que retener el vínculo entre el lucro y la justificación moral, pues ese vínculo conforma el “espíritu” que legitima el desenvolvimiento del capitalismo moderno en sus distintas etapas. La propia autonomización de la economía es, en opinión de estos autores, resultado de una convicción moral, aunque después quede recubierta por el discurso científico economicista con pretensiones asépticas⁶⁰.

5. JULIO MEINVIELLE Y ANDRÉ PIETTRE

El aporte de estos autores –tan distintos en su trayectoria– es interesante, pues ambos parten de una concepción católica de la economía.

Julio Meinvielle estudia el “espíritu” del capitalismo aplicando la doctrina hilemórfica. La “materia” del capitalismo son los elementos materiales y humanos de la economía (trabajo, capital, intercambio comercial, máquinas, etc.). La “forma” del capitalismo es el modo en que esos elementos se organizan, para imprimirles una significación y una finalidad última. La “materia” del capitalismo, por tanto, podría recibir otras configuraciones distintas a las que le otorga el sistema capitalista, y, en parte, ello fue lo que ocurrió en la economía tradicional, donde el trabajo, el capital (incipiente), el mercado, la posesión de la tierra, la tecnología y la producción, se organizaban de manera distinta⁶¹.

Lo que configura al capitalismo, por tanto, es su “forma”, vale decir, un modo particular de organizar la economía cuyo objetivo es el lucro ilimitado, el acrecentamiento sin límites de la riqueza. La “forma” del capitalismo va, a su vez, informando la “materia” a modo que le sea cada vez más ductil (*v. gr.* el paso de la moneda con padrón oro al dinero electrónico), o configurando una “materia” con las disposiciones propicias e inmediatas para servir a las finalidades capitalistas: la máquina. De esta manera, el capitalismo puede ser definido como “un sistema económico que busca el acrecentamiento ilimitado de la ganancia por la aplicación de leyes económicas mecánicas”. O, en términos equivalentes, “una economía regida por la concupiscencia del lucro como ley fundamental”, o “todo sistema que busca el lucro ilimitado, para lo cual quiere ilimitados la producción y el consumo”⁶².

⁶⁰ BOLTANSKI y CHIAPELLO, *op. cit.*, pp. 48-49.

⁶¹ Julio MEINVIELLE, *Concepción católica de la economía*, pp. 14-16.

⁶² *Op. cit.*, pp. 22 y 24.

El capitalismo moderno emerge a fines del siglo XVIII, imponiéndose durante el siglo XIX. Pero este surgimiento resulta inexplicable sin el proceso histórico que le antecede. El capitalismo –su “forma”– no hubiera podido aparecer en los tiempos de la Cristiandad medieval. En las épocas donde el ser humano alcanza o pretende alcanzar un equilibrio interno, donde el mundo de las virtudes –piénsese en la templanza– se vuelve modelo ejemplar, no hay lugar social para el cultivo desmedido de las pasiones.

El capitalismo moderno se hace posible por la ruptura de ese equilibrio humano; por la erosión del reconocimiento social de las virtudes naturales y cristianas, particularmente de las virtudes cardinales y teologales. En este sentido, Julio Meinvielle señala tres hitos que concurren como concausas al apareamiento del capitalismo: el luteranismo, que prepara la emergencia de la “economía avara”, el cartesianismo, que anuncia la llegada de la “economía racionalista y mecánica” y Jean-Jacques Rousseau, que señala el apareamiento de la “economía liberal e individualista”.

“La concepción (el alma, la forma) que se forjará entonces el hombre de la economía será el de una estructura mecánica, substraída a la regulación humana (Descartes) con expansión individual ilimitada (Rousseau) destinada a multiplicar en forma ilimitada la ganancia (Lutero). En palabras más simples: una maquinaria, en manos del individuo, movida por la concupiscencia infinita del lucro”⁶³.

Estos componentes del “espíritu” del capitalismo orientarán, a futuro, el dominio del hombre sobre la naturaleza y sus recursos, y la capacidad

⁶³ MEINVIELLE, *op. cit.*, p. 20. Hay un descenso histórico en el equilibrio humano que impulsa el nacimiento del “espíritu” (la forma) del capitalismo. El autor lo precisa en estos términos: “Lutero quiebra oficialmente este bello ordenamiento aniquilando la vida religiosa, que, sin pretenderlo, sustentaba igualmente, la vida intelectual y moral del hombre. Sin la gracia sobrenatural, despuntaron los instintos de la fiera humana, en especial la avaricia, la execranda sed de oro, que es como una idolatría. Mientras el mercantilismo del siglo XVI y XVII anuncia el liberalismo del XIX y la piratería legalizada de Isabel deja en zaga a los especuladores modernos, Descartes y Kant, destruyendo la vida de la inteligencia y substituyéndole la razón, o sea: una facultad que no percibe las esencias sino tan sólo realidades abstractas, mecánicas, de una magnitud comparable, echan las bases de una economía física, ajustada a leyes mecánicas invariables, como el curso de los astros, y como éste, substraído a la regulación propia del ser humano. Lo curioso es que mientras crecía la dominación de la avaricia y el sentido racionalista o mecánico de la vida, ésta se sentía debilitada en su interior y por tanto ansiosa de romper los vínculos que la obligaban a mantenerse en orden. Rousseau proclama oficialmente la era de la omnímoda libertad, porque, como no hay Dios, no hay soberano, y el hombre individuo se constituye en su propia ley. Con Rousseau coincide, por otra parte, el agotamiento del impulso protestante y racionalista, y, por ende, la pérdida definitiva de la vitalidad sobrenatural e intelectual del hombre moderno. Sin vida espiritual e inteligente, debió surgir el tipo de hombre-estómago, el burgués, entregado con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas a lo económico”. *Op. cit.*, pp. 18-19.

casi infinita de hacerlos producir gracias a la máquina. La máquina se convierte en sustitutivo del trabajo humano, en instrumento de producción y medición, en modelo de actividad. E impulsa la expansión industrial y financiera, sirviendo de apoyo material al sustrato liberal del capitalismo⁶⁴.

Para Julio Meinvielle el capitalismo resulta “antieconómico”. Afecta al trabajador, en particular, al operario, pues su bienestar económico resulta una vil mercancía sometida al vaivén del mercado; afecta los intereses del consumidor, que solo es considerado en cuanto permite la aceleración de la producción, y con esta, la aceleración de la ganancia (de ahí los productos de mala calidad, el exceso de bienes superfluos, la carestía de bienes necesarios, la obsolescencia programada, etc.); devora al productor, que ha de vivir afebrado en la aceleración de su producción y en el mejoramiento competitivo de la técnica; devora al comerciante, sometido al febril dinamismo del consumidor regido por la infinita veleidad del capricho y a la aceleración de las novedades industriales; acosa al financista, condenado a ir a la caza del consumidor, del productor y del comerciante, para acelerar también él, vertiginosamente, sin dormirse, la productividad de su dinero⁶⁵.

El sistema capitalista está condenado por su propia lógica a la ley de la aceleración: “Aceleración del lucro por la aceleración de la producción y del consumo”. Nunca podrá llegar a un límite que equilibre la producción con el consumo. La aceleración desenfrenada del maquinismo y del crédito que impulsan el desarrollo de la economía capitalista, se lo impiden. Nunca producirá lo que puede consumir. Por eso el lenguaje del capitalismo es *futurista*, siempre refiere al futuro cuando se trata de

⁶⁴ La máquina va ligada al crédito, a la producción y al mercado ilimitado. “Gracias a las ciencias físico-matemáticas, se logró la dominación de las leyes mecánicas que rigen el movimiento del universo, y con esto, la conquista práctica del mundo [...] De esta suerte, la máquina se ajustaba a la concepción mecánica que de la economía se había hecho Descartes. Al mismo tiempo que la máquina aumentaba en Europa vertiginosamente y con regularidad matemática las posibilidades de producción, el estado agrícola del mundo abría mercado ilimitado a la industria europea. Es fácil de imaginar que una industria naciente, frente a mercados enormes e ilimitados, iba a exigir también la ilimitación de la producción. Derribáronse, pues, las antiguas barreras aduaneras que se oponían a la libre circulación, los reglamentos que limitaban la producción y las disciplinas morales y políticas que contenían las iniciativas privadas. El mercado ilimitado ofrecía, pues, una condición material propicia a la concepción liberal que se había hecho Rousseau de la economía. El incremento de la especulación de la alta finanza, representada como caso típico por la Maison Rothschild, a la vez que acelerará con el crédito la capacidad de la máquina y la ilimitación del mercado, proporcionará una condición propicia al instinto del lucro que estaba abierto en el hombre desde la Reforma Protestante. Las condiciones materiales del mundo se ajustan a sus condiciones formales. Todo está preparado, a fines del siglo XVIII, para que surja el capitalismo liberal”. MEINVIELLE, *op. cit.*, pp. 20-22.

⁶⁵ *Op. cit.*, pp. 24-25.

asegurar el bienestar de la sociedad en su conjunto, el bienestar económico del género humano⁶⁶.

La contraposición entre capitalismo y cristianismo parece evidente. El autor lo resalta con una bella imagen:

“Afanos por enriqueceros, dice el Capitalismo, que sólo eso cuenta. ‘No os acongojéis –dice en cambio la Sabiduría Eterna– por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Mirad las aves del cielo, no siembran ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. Mirad los lirios del campo [...]. (Luc. XII, 22-31). El Capitalismo anda afanoso, acumulando para el mañana. Jesucristo en cambio nos dice: ‘No andéis acongojados por el día de mañana’ [...] Palabras de Jesucristo, que no son consejos piadosos. Expresan la ley de la vida económica. La economía debe pensar ante todo en las necesidades del presente. Se debe producir hoy lo que reclama el consumo de hoy”⁶⁷.

Y, para el futuro, se entiende, basta la prudencia de la previsión, no la lógica avara de la acumulación.

Se podrá objetar que, al fin y al cabo, si el ser humano participa del enorme bienestar material que le ofrece el capitalismo, debiera sentirse satisfecho con el sistema. Lo que abunda no daña. Hay que comprender, sin embargo, que la crítica que desliza Julio Meinvielle va dirigida a la “forma” del capitalismo, y solo a su materia en cuanto ha sido trastornada por aquella. El problema del capitalismo no radica en la propiedad privada, la libre iniciativa económica, el mercado o en la producción eficaz de bienes y servicios, todo rectamente entendido. El problema se produce porque la “forma” del capitalismo desenvuelve un proceso económico sin sabiduría, a una velocidad que no es humana, con mecanismos que tampoco son propios del hombre, y que le someten a finalidades maquinales, extrínsecas, perjudiciales. Es por eso que el capitalismo acarrea consecuencias “antieconómicas” a todos los agentes que participan en él.

La “forma” del capitalismo altera la lógica de una economía sana, al fundar su desenvolvimiento en la avaricia⁶⁸. No produce para consumir,

⁶⁶ Precisa el autor que en el periodo de no saturación, el capitalismo debe impulsar la producción, y ahí le es más conveniente no asegurar el justo salario para disponer de más riqueza productiva. Cuando alcanza la saturación, en cambio, debe frenar con violencia la producción, con la consecuencia de la forzosa desocupación. Por un lado, una enorme riqueza, capaz de alimentar, vestir y divertir a todo el género humano y, por otro, una inmensa multitud que no tiene los medios suficientes de adquisición. MEINVIELLE, *op. cit.*, pp. 25-27.

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 28.

⁶⁸ “Hay una perversidad esencial en el capitalismo, cualquiera sea su especie, pues es éste un sistema fundado sobre un vicio capital llamado avaricia. Busca el acrecentamiento sin

sino a la inversa, consume para producir y produce para lucrar. La finanza regula la producción, y la producción regula el consumo. Esto trae consecuencias humanas desoladoras:

“La avaricia, como todo instinto vicioso, es ególatra. Glorifica una tendencia del *individuo*; del individuo, digo y no del hombre, para subrayar el aspecto material, es decir exigido por la materia cuantitativa, de todo instinto vicioso. Si es una tendencia del individuo, es material; si material, tiende a la dispersión a la desintegración, al desatamiento de vínculos que unen y protegen. De aquí que el capitalismo sea un régimen de desatamiento, de dispersión, de individuos que se desintegran como átomos y que se entregan a la concurrencia desenfrenada”⁶⁹.

Las críticas al “espíritu” del capitalismo no empujan a Julio Meinvielle hacia el socialismo. Al contrario, sostiene que este es: “Es la glorificación o sistematización de la envidia de la riqueza”; “un supercapitalismo que ha cambiado de amo” y que produce “una inmensa multitud famélica condenada a la servidumbre”⁷⁰. Tanto más el comunismo, que representa la última decadencia de la civilización. Si la Revolución francesa –La II Revolución– impone la era de la economía, el comunismo –la III Revolución– somete la economía, pero para disolver al ser humano en la nada⁷¹.

límites de las riquezas como si fuese éste un fin en sí, como si su pura posesión constituyese la felicidad del hombre [...] La avaricia consiste en un deseo inmoderado de poseer las cosas exteriores. Precisamente, es esta concupiscencia del lucro la que constituye la esencia de la economía moderna [...] La avaricia engendra, asimismo, como tantas otras hijas, la violencia, la falacia, el perjurio, el fraude y la traición [...] No que la avaricia sólo haya existido en (el capitalismo); siempre ha habido avaros, y [...] Salomón (dice) que al dinero obedecen todas las cosas. Pero nunca como en el capitalismo, este impulso perverso que anida en la carne del hombre se ha organizado en un sistema económico, nadie como ella ha hecho de un pecado una babélica construcción [...]. El capitalismo, dinámico, vertiginoso, insaciable, emplea todos los minutos (‘el tiempo es oro’) para acelerar el lucro, y con él, la producción y el consumo; la vida, es una carrera sin descanso en prosecución del oro; no se busca la riqueza para vivir sino que se vive para enriquecerse”. MEINVIELLE, *op. cit.*, pp. 29, 31-33.

⁶⁹ *Op. cit.*, pp. 192-193.

⁷⁰ *Op. cit.*, p. 197. A su vez: “el liberalismo económico (es) esencialmente un despotismo burgués del mismo modo que la franca libertad en un jardín de animales es la dominación del tigre”, *op. cit.*, p. 196.

⁷¹ “El comunismo impuesto en Rusia y con ansias locas de extenderse a todos los ámbitos de la tierra, señala la última de las revoluciones posibles en un ciclo cultural. Después de él no es posible sino el caos. Precisemos más detenidamente el carácter del comunismo. El comunista es un hombre a quien se le ha quitado su formalidad sobrenatural, su formalidad natural y su formalidad animal. ¿Qué queda de un hombre a quien se le han quitado esas tres formalidades? Queda una cosa, algo que camina a la nada. Y si el comunismo es en realidad, la deificación de la realidad que tiende a la nada [...] Podría definirse el comunismo como aquel sistema de vida y de cultura que tiende a la resolución del hombre en materia prima, a algo puramente informe, caótico”. MEINVIELLE, *op. cit.*, pp. 243-244.

Quizá conviene decir algunas palabras en un sentido positivo. Julio Meinvielle, interpretando a santo Tomás de Aquino, funda la economía en la virtud de la liberalidad, que enseña el buen uso de los bienes materiales para la debida subsistencia y decoro. La producción de bienes y servicios, y la misma economía financiera, tienen como objetivo satisfacer las necesidades humanas, por lo que todo el proceso está orientado al consumo. Los productos no son “cosas”, sino que “bienes”, precisamente porque están destinados a la utilidad humana. La economía, en todo caso, no debe perder sus dimensiones, su carácter subordinado. Pues la satisfacción de las necesidades de la vida corporal no puede convertirse en un fin en sí mismo, dado que, a su vez, ello está ordenado al provecho de la vida espiritual. En términos católicos, la economía está al servicio del ser humano para que este, asegurada su materialidad, se coloque al servicio de Dios⁷². El capitalismo encierra a la persona en sí misma; una economía sana abre a la persona a la disposición.

Con André Piettre se pueden agregar algunos matices a la tesis de Julio Meinvielle. Este distingue a lo largo de la historia tres etapas, que ve sucediéndose a manera de ciclos: la etapa de la economía subordinada, de la economía independiente, y aún dominante, y, por último, la etapa de la economía sometida al Estado. Como las civilizaciones tienen su cuna en lo sagrado, su primer desenvolvimiento opera con una economía subordinada. Las tradiciones, las normas morales, la religión, las mismas necesidades humanas, regulan la economía. Es lo que André Piettre ve en Grecia, en Roma, en la Cristiandad medieval. Luego, y con lentitud, se produce la independencia de toda regulación trascendente, lo que culmina con la etapa de la economía dominante, donde esta se impone a todas las otras dimensiones de la vida humana. Un fenómeno que también puede verse en Grecia, en Roma, o, dentro del mundo moderno, a partir del Renacimiento. Pero esta falta de contención produce la devastación de los valores humanos no económicos⁷³. La economía decae, y es el momento en que el Estado la somete por completo. Es la etapa del socialismo de Estado y del misticismo social⁷⁴.

A modo de conclusión

Un elemento de definición común recorre a los autores precedentes a la hora de delimitar el “espíritu” del capitalismo, el atributo que le define, el

⁷² MEINVIELLE, *op. cit.*, p. 34.

⁷³ Sobre este último punto, André PIETTRE, *Las tres edades de la economía*, pp. 281-309.

⁷⁴ *Op. cit.*, pp. 21-510.

núcleo conceptual a partir del cual se puede hablar de él. Y es el apetito / tendencia / inclinación de aumentar las riquezas / ganancias / lucro, a partir de una lógica interna, que no es contenida ni regulada por norma trascendente alguna. Es este impulso el que organiza todos los elementos de la economía a fin de orientarla hacia sus objetivos.

Empero, el “espíritu” del capitalismo contemporáneo –el de inicios de la tercera década del siglo XXI– no parece del todo asible. Se trata del capitalismo de la cuarta revolución tecnológica, como algunos le han llamado. Está compuesto por un conjunto de tendencias que, a futuro y al interior del sistema, bien podrían oponerse a otras, de velocidad más lenta, o de inspiración más conservadora. Las tendencias últimas que emergen marcan, de todos modos, un capitalismo que confía en la convergencia de las tecnologías digitales, físicas y biológicas para expandir sus beneficios. Son tendencias que esperan financiar el desarrollo de un mundo de robots integrados en sistemas ciberfísicos⁷⁵.

Por lo que tiene de abandono explícito y definitivo de lo humano, no se vislumbra aún un “espíritu” que justifique este desarrollo sin fuertes controversias. El “gran reinicio” o “gran reseteo” del Foro Económico Mundial que a inicios de 2021 reunió a la élite financiera y tecnológica global, con sus propuestas de planificación planetaria, suscitó amplias contestaciones⁷⁶.

En otro ángulo, desde el año 2020 ha aparecido el denominado capitalismo *woke*, empeñado en imponer a los consumidores ciertas ideologías de la posmodernidad (*Black Radical Theory*, *Gender Perspective*, *ideología indigenista* y *anticolonialismo*, etc.). Estas tendencias, desde horizontes distintos, pero convergentes, podrían preparar el triunfo del “transhumanismo”⁷⁷. Pero como se trata más bien de “imponer” –“tu silencio ofende”– que de “seducir”, no está claro el efecto prospectivo de esta forma de “concientización” ideológica, que transforma a la empresa en un poder político expansivo⁷⁸.

⁷⁵ Sobre la denominada “cuarta revolución industrial”, véase el libro del fundador del Foro Económico Mundial, Klaus SCHWAB, *The Fourth Industrial Revolution*, pp. 5-157. Más que un estudio en forma, parece un programa.

⁷⁶ El programa de “The Great Reset”, en algunos de sus aspectos, puede encontrarse en la web oficial del Foro Económico Mundial.

⁷⁷ Sobre el “transhumanismo”, Miguel AYUSO (ed.), *¿Transhumanismo o posthumanidad? La política y el derecho después del humanismo*, pp. 1-194.

⁷⁸ El estudio del capitalismo *woke* recién se desarrolla. Se echa de menos una literatura más reposada sobre el fenómeno. Por el momento, se puede indicar la siguiente bibliografía: Stephen R. SOUKUP, *The Dictatorship of Woke Capital: How Political Correctness Captured Big Business*, pp. 1-170; Vivek RAMASWAMY, *Woke, Inc.: Inside Corporate America's Social Justice Scam*, pp. 1-328; Josh HAWLEY, *The Tyranny of Big Tech*, pp. 1-200; Alan DERSHOWITZ,

De cualquier forma, lo que hace unos años atrás podía ser visto como los efectos más perjudiciales del neocapitalismo –*v. gr.* sus tendencias corrosivas de los lazos sociales estables⁷⁹– hoy queda superado por el compromiso de los grandes magnates del capitalismo mundial con iniciativas como “el gran reinicio” o el capitalismo *woke*. El tiempo dirá si es un compromiso estable y también dinámico. Es decir, si a su vez, en un proceso de aceleración, el compromiso se vuelve más explícito en favor de los distintos escenarios que preparan el “transhumanismo”, como cabeza de puente de la destrucción ideológica y tecnológica de lo humano. Aún es temprano para discernir el conjunto de todas las variables.

Todo, quizá, por un plato de lentejas.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis, *Lire le Capital*, Paris, Maspero, 1973, vol. I.
 ALTHUSSER, Louis, *Lire le Capital*, Paris, Maspero, 1969, vol. II.
 ALVEAR TÉLLEZ, Julio, *Libertad económica, libre competencia y derecho del consumidor. Un panorama crítico. Una visión integral*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2017.
 ARON, Raymond, *Las etapas del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1976, vol. II.
 AYUSO, Miguel (ed.), *¿Transhumanismo o posthumanidad? La política y el derecho después del humanismo*, Madrid, Marcial Pons, 2019.
 BARANGER, Denis, “Sobre la noción del capitalismo en la obra de Max Weber”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 42, n.º 1, Ciudad de México, 1980.
 BELL, Daniel. *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
 BOLTANSKI, Luc y Eve CHIAPELLO, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 1999.
 BOLTANSKI, Luc & Laurent THÉVENOT, *On Justification. Economies of Worth*, New Jersey, Princeton University Press, 2006.
 COUSIÑO, Carlos, “La jaula de hierro (acerca de Max Weber)”, en *Estudios Públicos*, n.º 17, Santiago, 1991.
 DERSHOWITZ, Alan, *Case Against the New Censorship: Protecting Free Speech from Big Tech, Progressives, and Universities*, New York, Hot Books, 2021.
 FIDANZA, Eduardo, “La jaula de hierro. Cien años después Consideración acerca de una metáfora perdurable”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 23, n.º 69, Ciudad de México, 2005.

Case Against the New Censorship: Protecting Free Speech from Big Tech, Progressives, and Universities, pp. 1-192; Michael RECTENWALD, *Beyond Woke*, pp. 1-238.

⁷⁹ ALVEAR, *op. cit.*, pp. 284-292.

- GIL VILLEGAS, Francisco, *Max Weber y la guerra académica de los cien años*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- GONNET, Juan Pablo y Francisco ABRIL, “El concepto de capitalismo en la perspectiva pragmática de Boltanski y Chiapello”, en *Sociológica*, año 33, n.º 94, Ciudad de México, 2018.
- HARVEY, David, *A Companion to Marx's Capital*, London/New York, Verso, 2010.
- HARVEY, David, *A Companion To Marx's Capital*, London/New York, Verso, 2014, vol. II.
- HARVEY, David, *Seventeen Contradictions and The End of Capitalism*, London, Profile Books, 2014.
- HARVEY, David, *The Enigma of Capital: and the Crises of Capitalism*, New York, Oxford University Press, 2010.
- HAWLEY, Josh, *The Tyranny of Big Tech*, Washington D.C., Regnery Publishing, 2021.
- HIRSCHMAN, Albert, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos del capitalismo antes de su triunfo*, Ciudad de México, FCE, 1978.
- MEINVILLE, Julio, *Concepción católica de la economía*, Buenos Aires, Cursos de Cultura Católica, 1936.
- MITZMAN, Arthur, *Sociology and Estrangement: Three Sociologists of Imperial Germany*, New York, Alfred A. Knopf, 1973.
- PARSONS, Talcott, “Capitalism in Recent German Literature: Sombart and Weber I”, in Peter HAMILTON (ed.), *Max Weber: Critical Assessments*, London, Routledge, 1998, vol. 3.
- PÉREZ FRANCO, María Lilia, “La noción de “espíritu” en las sociologías de Werner Sombart y Max Weber”, en *Sociológica*, año 20, n.º 59, Ciudad de México, 2005.
- PIETTRE, André, *Las tres edades de la economía*, Madrid, Rialp, 1962.
- POVIÑA, Alfredo, “Werner Sombart”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, n.º 3, México D.F., 1943.
- RAMASWAMY, Vivek, *Woke, Inc.: Inside Corporate America's Social Justice Scam*, New York/Nashville, Center Street, 2021.
- RECTENWALD, Michael, *Beyond Woke*, Nashville, New English Review Press, 2020.
- ROBERTT, Pedro, “El nuevo espíritu del capitalismo: críticas y aportes desde el Sur”, en *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 76, Madrid, 2018.
- SCHWAB, Klaus, *The Fourth Industrial Revolution*, Geneva, World Economic Forum, 2016.
- SIMMEL, Georg, *Filosofía del dinero*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977.
- SOMBART, Werner, *El burgués*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- SOMBART, Werner, *The Jews and Modern capitalism*, Kitchener, Batoche Books, 2001.
- SOUKUP, Stephen R., *The Dictatorship of Woke Capital: How Political Correctness Captured Big Business*, New York/London, Encounter Books, 2021.

- STARK, Rodney, *The Victory of Reason: How Christianity Led to Freedom, Capitalism, and Western Success*, New York, Random House, 2005.
- WEBER, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, 2ª ed.. Ciudad de México, FCE, 1964.
- WEBER, Max, *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, Berkeley, University of California Press, 1978.
- WEBER, Max, *Historia económica general*, 4ª ed., Ciudad de México, FCE, 1978.
- WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969.
- WEBER, Max, *Political Writings*, ed. Peter Lassman, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- WILHELMOSEN, Frederick, *El problema de Occidente y los cristianos*, Sevilla, Ecesa, 1964.

PÁGINAS WEB

“The Great Reset”. Disponible en www.weforum.org/great-reset/ [fecha de consulta: 5 de junio de 2021].

Siglas y abreviaturas

D.C.	Distrito de Columbia
ed.	editor
etc.	etcétera
FCE	Fondo de Cultura Económica
Fondecyt	Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico
<i>ibid.</i>	<i>Ibidem</i> (allí, en ese mismo lugar)
n.º	número
<i>op. cit.</i>	<i>opus citatis</i> (obra citada)
p.	página
pp.	páginas
<i>v. gr.</i>	<i>verbi gratia</i>
vol.	volumen
www	World Wide Web